

en su cartera valores sanos suficientes para amortizar la mitad cuando menos de su emisión, y la ley ordenaría que de las rentas e impuestos cobrados en oro se destinara un tanto por ciento fijo, para amortizar el resto. O bien, podría la ley ordenar que se cobrara en oro el 80%, por ejemplo, y el 20% restante en billetes a la par del extinguido Banco, que pasarían día a día a manos de la junta liquidadora, y de las de ésta a las de la incineradora, para lo de su cargo.

El tortuoso y difícil camino que ha venido transitando el país desde la fundación de ese Banco, se tornaría llano y fácil, como el que antes recorría.

#### EREMITA

SR. D. ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS.

Querido amigo:

Sobre nuestra conversación de esta mañana, tengo que decir algo a usted. Ya verá que no me contradigo con lo que sostuve al principio y mi cita de Horacio al despedirnos.

A su alta idea de la poesía y los poetas, y al criterio científico de usted acerca de cosas y personas, oponía yo vulgares opiniones y mi creencia personal y acaso bonachona.

¿Por qué, hasta cierto punto, no habrá uno de ser poeta, y tenerlo por tal nosotros, si sabe inventar lo útil y agradable y expresarlo armoniosamente? Sin ofensa de Apolo, ¡viva el *aurea mediocritas*!

Ni cosa puede haber más grata y útil, entre jó-

venes, que ponerle a su novia en el «*Album*» una bonita décima bien medida, con ideas y buenos fines, mirando al santo matrimonio.

¿Y dónde me deja usted al viejo noventón, como el Conde de Cheste saludando en brillantes estrofas a una bella y joven Marquesita de no sé dónde, su sobrina nieta?

Tengo, pues, para mis adentros, y si pudiera lo diría *urbi et orbi*, que a jóvenes y viejos sienta y conviene un soplo de poesía—en fondo y forma—, por más que no sean Zorrillas ni Núñez de Arce.

Hasta eso llegábamos conversando, usted en su horaciano criterio—sin nombrar al poeta-crítico—, yo con mi parecer condescendiente, vulgar y escéptico, si se quiere.

Pero al despedirnos, ya en la puerta, recuerdo que le dije aquello de Horacio: *mediocribus esse poetis non homines, non Dii, non concessere columnæ...* Y usted a mí: —«¿Pues entonces?...»

Voy a decirle a usted, ya que entonces iba de prisa; y empiezo distinguiendo, como cualquier escolástico en retirada: una es poesía temporal, y otra inmortal y eterna poesía. Lo mismo sucede con la pintura, según el cuento griego, así:

Un pintor de Atenas dijo a otro su compañero: «pintas despacio; yo, en poco tiempo»; y el otro: «sí, pero yo pinto para mucho tiempo».

Así también se hace un bonito cuadro de circunstancias, sin que su autor aspire a lo de Apeles, retratista de Alejandro Magno.

Del arte «*para poco*», que también es arte, decía yo lo de esta mañana; y al arte *para mucho*, que